

A LA LETRA

Entrevista a la

DUENÑA DEL HOTEL POE

BÁRBARA JACOBS

AMANECÍ PENSANDO EN LA VEZ QUE PUDE HABER CONOCIDO A GRACE PALEY EN PERSONA Y NO ME ATREVÍ. UNA MAÑANA ME LLAMÓ ELENA PONIATOWSKA Y ME INVITÓ A ACOMPAÑARLA A TEPOZTLÁN. NO SÉ QUÉ AMIGA SUYA LE DABA UNA COMIDA A GRACE PALEY, QUE VISITABA MÉXICO POR SU CUENTA, ASÍ, SIN VENIR INVITADA A DAR LECTURAS NI CONFERENCIAS. MI ESPOSO ESTABA ENFERMO Y YO NO QUERÍA DEJARLO SOLO, PERO SI LE HUBIERA CONTADO, POR GRACE PALEY ÉL ME HABRÍA ANIMADO A DEJARLO UNAS HORAS. LAS EMOCIONES EN CONFLICTO ME ACITABAN. CUANDO LE CONTESTÉ A ELENA QUE NO, ME ACONGOJÉ. SUPE QUE DEJABA ESCAPAR UNA OPORTUNIDAD, TAL VEZ ÚNICA. PREVÍ QUE ME ARREPENTIRÍA SIEMPRE. Y ME ARREPIENTO, AUNQUE TAMBIÉN SÉ QUE DEBAJO DE LA RAZÓN QUE ME JUSTIFICÓ ESTABA OTRA VERDAD, LA DEL MIEDO DE CONOCER A PALEY.

La inseguridad en mí misma me paraliza. Me ha impedido muchas cosas y me ha entorpecido la vida. Me impidió conocer a Grace Paley. También, pasar un día con Elena, acceder a la familiaridad que el paseo suponía. Una vez más me quedaba yo de este lado de la puerta. Había traducido un cuento de Grace Paley que después con mi esposo incluimos en una antología. Sucedió al mismo tiempo en que un libro mío se publicaba en inglés con un comentario de Grace Paley en la contraportada. El editor se lo había pedido. Paley y yo no nos conocíamos. Ni el editor ni Paley sabían todavía de nuestra antología.

Después yo había oído a Elena contar que era amiga de Grace Paley.

Para entonces yo ya había leído todos los libros de Paley y una biografía y cada vez la admiraba más. Pero cuando pude no me animé a conocerla. No se trataba de nada más que de estar juntas en una misma reunión, pero fui incapaz, tanto de enfrentarla como de pasarla bien si hubiera aceptado. Habría sufrido. Ya le había mandado un ejemplar de nuestra antología con su cuento *Carencias*, según traduje el título. Y ya había estado en Nueva York y tampoco me había atrevido a llamarla. Porque confieso que, a todos estos años de distancia, que de la antología para acá ya son casi veinte, y aun si Grace Paley siguiera viva y yo venciera mi timidez, sabría qué hacer si la conociera en persona.

He conocido a escritores y a otras gentes a las que admiraba y no imaginaba que conocería en persona nunca, y el miedo del encuentro desapareció y pude tratar a estas personas que digo, pero Grace Paley me da más miedo que los demás. Mi temor es más que enfermizo. Si la reconociera en una situación neutral, por llamarla así, como en un aeropuerto o el foyer de un teatro o un parque, la observaría con libertad y podría definir lo que sintiera al verla, pero no en una reunión en la que se tratara de conocerla.

Yo le había enviado una carta a Julio Cortázar muchos años antes de conocerlo, aunque fuera improbable que él la hubiera recibido, pues en el sobre no había escrito más que su nombre y, debajo, París, Francia. Pero cuando lo conocí, y nuestra relación llegó a ser de familiaridad, fui incapaz de comentarle nada de aquella carta, siendo que habría podido incluso citarle palabra a palabra el contenido, era poco y lo memoricé. Me gustaría ser alguien que tú vieras. Entonces me pregunto qué es conocer en persona a quien admiras. Cortázar ya murió y, si lo conocí, cuando lo conocí fui incapaz de hacerle saber cómo lo admiraba. Después he escrito sobre él, pero no es lo mismo.

Hoy he podido hacerle saber en persona a Grace Paley que la admiro y no lo he hecho. Juego a entrevistarla. A ver si logro comunicárselo mientras la entrevisto. Consigo que su editor concierte la cita. El encuentro es en el Oak Bar del Hotel Plaza en Nueva York, frente a Central Park. Pero a quien veo acercarse a la mesa de caoba ante la cual la espero es a la dueña del Hotel Poe, a la que llevo

días procurando entrevistar sin poder hacerlo. Tengo el encargo de la If Press, que publicó su *'Tis pity que sea puta*. Ni siquiera estoy segura de que la mujer que me sonríe y en voz baja me pregunta si yo soy yo, es ella, si yo soy quien va a entrevistarla y si ella puede sentarse en el taburete enfrente de mí.

¿Quién es la dueña del Hotel Poe? Llevo días preguntándomelo. Se me presentó cuando fui en busca del autor o autora que había firmado con seudónimo la novela corta que yo había aprobado para su publicación. La firmó con dos seudónimos, el de la narradora, Ada Donada, y el del autor o autora que únicamente se atribuía su hallazgo en un anticuario de Barcelona, haberla encontrado, digo, y haberla retocado aquí y allá, haberle escrito también el prefacio y el postfacio y haber firmado todo esto con las iniciales XY.

Busco a XY o a la narradora Ada Donada y aparece la dueña del Hotel Poe, escritora reconocida a quien desde siempre yo admiro sin haberme atrevido nunca a acercármele y tratarla con familiaridad, una mujer que podrá ser tímida y a la que le estorbará el cuerpo y no sabrá dónde ponerlo, pero que desde que empecé a escribir y la conocí a mí me ha parecido que ocupa su presencia con mayor estatura, peso y edad o experiencia de los que su figura aparenta.

Pero, ¿quién es esta mujer? Yo, que la conozco bien, no lo sé. La tengo enfrente, pedimos helado de vainilla y vino tinto. Cuando XY se lleva la cuchara o la copa a los labios sus pulseras de plata tintinean. Con ella enfrente, materializo mi tarea de entrevistarla y le pregunto si es

la misma que escribió los libros de su bibliografía anteriores a *'Tis pity que sea puta*.

Ella: Yo también lo dudo —me contesta, sonriente. Su voz tiene más volumen y firmeza de los que aparenta.

Yo: Se lo digo porque la conozco bien. La leo desde que empezó a publicar. En este 2010 hará unos cuarenta años, si recuerdo bien.

Ella: Recuerda muy bien. Si hoy fuera 5 de julio, la precisión sería exacta.

Yo: Pues ahí tiene una prueba de lo bien que la conozco. Pero insisto en que me saque de la duda. Es que *'Tis pity que sea puta* me parece escrita por una autora diferente de usted. ¿Cómo se lo explica? Ya que a usted también le parece que podrían ser dos las autoras, ¿qué las diferencia, según usted, aunque sean la misma?

Ella: Quizá que la autora de los libros anteriores era como el tímido al que le estorba el cuerpo y busca dónde esconderlo, y a la de ahora a lo mejor ya no le estorba el cuerpo, o no tanto, al menos.

Yo: Qué buen símil.

Ella: Es de Bergson.

Yo: Y usted lo cita en *Nin réir*.

Ella: Así es. Y además creo que explica bien la diferencia de la que estamos hablando. El problema estaba en mí, no en mis libros. El nuevo, que a usted le marcó la diferencia, es igual que los anteriores. Igual que ellos, tampoco *'Tis pity que sea puta* hace concesiones de ningún tipo. Ni al editor ni al lector ni a la época ni a nadie ni a nada. Pero desde su concepción, y a lo largo de su escritura y del proceso de

publicación que la siguió, su autora es otra. Es la que usted buscaba al encontrar a la dueña del Hotel Poe. ¿A quién encontró?

Yo: A una escritora a la que supuse que le iba tan bien que era dueña del Hotel Poe.

Ella: ¿Ya ve? Yo no he sido la dueña del Hotel Poe toda mi vida. Y, por más que a la autora de mis libros anteriores a *'Tis pity que sea puta* le fuera bien, ella no habría podido ser la dueña del Hotel Poe porque era tímida. No se habría atrevido a ser dueña de nada. Si el cuerpo le estorbaba y buscaba a su alrededor un sitio escondido donde depositarlo, ¿con qué iba a comprar ningún hotel? La autora que usted buscó al encontrarse con la dueña del Hotel Poe ocupa su cuerpo, éste, el que usted observa. Se lo puso. Y encontró que le ajustaba a la medida. La investidura, por así llamarla, tuvo lugar durante la concepción del libro, mientras lo escribió y se sometió al proceso de su publicación, su nuevo libro, el que a usted tanto la intriga, *'Tis pity que sea puta*, que a usted le parece que fue escrito por una autora distinta de la que firma los libros anteriores de su bibliografía. ¡Es distinta, pero es la misma! Soy la misma, pero soy otra. ☺